

La nación vasca: del mito a la historia

Antonio Elorza

EL MARCO ESPAÑOL

En su estudio sobre la formación de las identidades nacionales en la Cerdagne, comarca catalana dividida entre Francia y España por efecto de la paz de los Pirineos (1659), Peter Sahlins recoge la anécdota del viaje en los años treinta de un catalanista barcelonés, Cases Carbó, a las tierras catalanas que engloba el departamento francés de los Pyrennées Orientales. Su propósito era indagar acerca de las causas de la inexistencia de un sentimiento nacionalista autóctono en la Cataluña francesa. Un agricultor se lo explica con un lamento: “Ah! Vous etes bien heureux quand meme! Vous pouvez etre catalanistes! Tandis que nous ne le pouvons pas. Nous voulons une route? On nous la donne. Nous demandons le télégraphe? On nous l’installe. Une ecole? On nous la donne. Nous ne pouvons etre mécontents du gouvernement de Paris. Heureux vous qui pouvez etre catalanistes!”.

En un estilo franco y hablando en patois, el agricultor rosellonés apuntaba a un hecho decisivo. La diferencia entre Francia y España en cuanto a la formación de los nacionalismos periféricos desde finales del siglo XIX no se explicaba por la naturaleza de los hechos diferenciales. En Francia vivían y viven catalanes y vascos, y no ha tenido lugar la eclosión de movimientos políticos nacionalistas como en España. Y si los gallegos son muy diferentes en lengua y costumbres de los castellanos, más lo eran bretones y alsacianos de las gentes de l’Ile de France. La suerte de los nacionalismos se jugó en ambos países a partir de datos similares, siendo Francia y España monarquías de agregación que experimentaron en

el siglo XVIII una fuerte presión centralizadora, sin que por ello quedaran borradas las especificidades administrativas de determinadas regiones, con su consiguiente reflejo ideológico. En sus “cahiers de doléances” la nobleza provenzal invocará derechos históricos según los cuales el rey era ahí sólo conde de Provenza, lo mismo que las juntas de las provincias vascas, con el fin de evitar en ambos casos que la singularidad fuera juzgada como un privilegio que el monarca podía suprimir o alterar según su voluntad.

Sólo que la Revolución realizó en Francia las transformaciones legales que borrarán dicha legitimidad de los particularismos y, no sin trabajo, en un largo recorrido que se cierra aproximadamente en 1918, el Estado-nación fue poniendo en marcha los mecanismos de integración económicos, administrativos, culturales y simbólicos, gracias a los cuales toda alternativa a la construcción unitaria resultó eliminada. La España del siglo XIX siguió formalmente el patrón francés, pero el atraso económico tejió la telaraña de los estrangulamientos que en todos los órdenes afectaron el funcionamiento del Estado-nación.

La tardía formación del mercado nacional, el predominio de una agricultura de subsistencia que genera una débil demanda interior, con una industrialización focalizada por puro azar en zonas como Cataluña y Vizcaya, con rasgos marcadamente diferenciales en cuanto a la historia política y a la cultura, configuran el marco en el cual tiene lugar la difícil institucionalización del Estado liberal, tras una sucesión de guerras y enfrentamientos con los defensores del Antiguo Régimen. Desde la costosa guerra contra el ejército de ocupación napoleónico, iniciada en 1808, hasta que en 1840 es derrotada la primera insurrección “carlista” (reproducida luego en 1872-1876), pasando por la pérdida del imperio continental americano, la modernización política tropieza, según la fórmula acuñada por Pierre Vilar, con la destrucción de las precondiciones económicas que la pusieron en marcha. El Estado resultante, dominado políticamente por la corona, por los liberales “moderados” y por los caudillos militares, reprodujo el modelo francés de centralización pero con claros acentos defensivos (guardia civil, plétora de oficiales en el ejército) y una muy débil administración que tuvo que recurrir a las redes clientelares y al caciquismo para subsistir. Fue un Estado débil y opresivo, incapaz de poner en marcha los mecanismos integradores necesarios para la consolidación del Estado-nación. Sus dos agencias de socialización clásicas, el servicio

militar y la escuela, fueron ante todo causas de fractura, quedando reservado el primero hasta el nuevo siglo para quienes no podían pagar la redención en metálico (contribución de sangre), e incumpliendo la segunda su papel de nacionalización por ausencia radical de recursos. Con muy altas tasas de analfabetismo, el maestro se convirtió para las regiones con idioma propio en símbolo de opresión cultural, por añadidura ineficaz. La alternativa a esa acumulación de insuficiencias pudo venir de la democracia federal, pero la Primera República de 1873 fracasó rápidamente.

La Restauración monárquica y conservadora de 1874-1876 alcanzó a crear un cierto equilibrio en el vértice del sistema político, con la rotación de partidos y una ampliación progresiva de las libertades, pero los defectos de fondo persistieron, quedando al descubierto de modo espectacular con el “desastre” de 1898, fin del imperio colonial con la derrota ante los Estados Unidos, tras haber provocado literalmente la insurrección cubana de 1895 por la incapacidad para modernizar la administración corrupta y represiva ejercida sobre la isla. Según la expresión del *premier* británico lord Salisbury, España era un ejemplo de “país moribundo”, a contracorriente de todo su entorno europeo, Portugal incluido. Para los intelectuales empezaba la interminable reflexión sobre “el problema de España”. Para los movimientos hasta entonces minoritarios que habían ido surgiendo en la periferia, en las regiones con sólidas “señas de identidad” históricas y culturales (Cataluña, País Vasco, Galicia) llegaba la hora de plantear las opciones a un Estado-nación simbólicamente en quiebra.

Las formulaciones doctrinales de los tres movimientos habían coincidido en el tiempo, alrededor de 1890: *El regionalismo* de Alfredo Brañas y *La patria gallega*, de Manuel Murguía; las *Bases de Manresa*, de 1892, y *Bizkaya por su independencia*, de Sabino Arana en el mismo año. Pero es la crisis del 98 lo que abre el camino para el crecimiento del nacionalismo vasco y del catalanismo, en dos zonas donde se registran procesos de industrialización y se da una dinámica social con la formación de grupos sociales capaces de impulsar dichos movimientos. En Galicia, la ausencia de transformaciones capitalistas bloqueará durante décadas la formación de un regionalismo político, a pesar de la intensidad del hecho diferencial. Tal y como había previsto hacia 1840 el precursor Antolín Faraldo, el rasgo propio de Galicia era la “excentralización” respecto de España y en su configuración inter-

na, un mundo de parroquias rurales sin apenas centros urbanos, pero precisamente ese elemento que la singularizaba era el factor decisivo de estrangulamiento a la hora de impedir la aparición de las fuerzas sociales portadoras del galleguismo. Ahí donde no hay transformaciones capitalistas, la manifestación diferencial será sólo ideológica.

Incluso en el País Vasconavarro, la implantación del nacionalismo, primero limitada a Vizcaya, sigue la estela de la industrialización, con el apoyo que en el plano de la conciencia política representa la supervivencia en las tres provincias –Vizcaya, Guipúzcoa, Álava– de un régimen administrativo propio, los fueros, hasta 1876 (1841 para Navarra). La memoria histórica estará también presente en el regionalismo catalán, con la evocación de la resistencia en 1702-1714 a la instauración de los Borbones. No obstante, las coincidencias se agotan aquí. En tanto que para Cataluña el catalanismo refleja el desajuste entre la región más moderna y el resto de España, dando lugar a un movimiento regenerador cuyo particularismo resulta compatible con la inclusión en el Estado español, en el caso vasco la violencia del proceso de industrialización, el enlace con el pasado reciente también traumático de las guerras carlistas, y con ese agente de legitimación que es el régimen foral ayer suprimido, confieren al movimiento nacionalista un sesgo mucho más radical. El propósito del catalanismo consistirá en disponer de los medios políticos para defender los propios intereses económicos y alcanzar la hegemonía en una España modernizada; el nacionalismo vasco, en cambio, asume desde el comienzo una posición radical de ruptura con España. En la década de 1890 y en la actualidad.

EUSKADI POR SU INDEPENDENCIA

El catalanismo nunca estuvo exento de tensiones internas. A lo largo de un siglo no ha encontrado la fórmula para conciliar su aspiración hegemónica con el carácter centralista y arcaizante de los gobiernos españoles; hasta 1939, la agudización de los conflictos sociales le llevará también a espectaculares retrocesos ante la necesidad de recurrir a la capacidad represiva del Estado español (Semana Trágica de 1909, guerra civil). Pero su diseño estratégico se ha mantenido con firmeza, de acuerdo con la coherencia de los intereses económicos de una burguesía

consciente de su ventajosa posición en el mercado español. En su formación intervino de modo decisivo el proteccionismo económico –“el proteccionisme que imposà un dia Catalunya”, como explica Francesc Cambó, uno de sus principales líderes–, y la consecuencia ha sido la compatibilidad entre esa conciencia del desfase entre Cataluña y una España siempre más atrasada, y la idea de que entre los intereses catalanes figura la modernización de España. Era lo que expresaba la fórmula: “Catalunya gran en la Espanya gran”.

El nacionalismo vasco descansaba sobre bases más frágiles. Las tierras donde se habló el vascuence, Euskal Herria (las tres provincias “vascongadas”, las Navarras española y francesa, Labourd, el Pays de Soule) nunca estuvieron unificadas políticamente, estaban divididas por una frontera de Estado y por el idioma propio, el “euskara”, lengua no indoeuropea enormemente compleja, era tanto una seña de identidad indiscutible como un obstáculo para la integración cultural, pues se hablaba sólo minoritariamente. Con la modernización se adivinaba el riesgo de una desaparición, como las registradas en Escocia o en Irlanda. “Esto se va”, escribió Sabino Arana, anunciando el carácter agónico de su movimiento. Los fueros habían sido suprimidos tras la segunda derrota en las guerras carlistas, donde los campesinos vascos, enfrentados al liberalismo español y al de sus propias ciudades, hicieron bueno el juicio de Engels, que veía en vascos y bretones ejemplos de “volkerruinen”, ruinas de pueblos en vías de extinción, útiles, entre tanto, sólo para defender causas reaccionarias. La industrialización hizo posible que ese proceso se invirtiera, pero justamente extremando el riesgo de que la modernización llevara a una plena asimilación cultural al resto de España. El nacionalismo de Sabino Arana, con sus acentos bélicos, su núcleo doctrinal racista e integrista en lo religioso, y su obsesión por hacer del “euskara” una muralla contra España, constituye la expresión del rechazo a esa marcha aparentemente inexorable de la historia. No se trata, sin embargo, de la pretensión de regresar a la sociedad del Antiguo Régimen, como propone el carlismo, sino de inculcar a la nueva sociedad los supuestos valores idealizados del mundo tradicional vasco. Como en el movimiento de los ayatolas en la revolución iraní, no es cuestión de volver hacia atrás las agujas del reloj de la historia, sino de eliminar los factores de degeneración y de imponer el propio poder desde unos supuestos religioso-políticos. En el caso del nacionalismo vasco, se trata, por parte de los grupos autóct-

tonos, de controlar la modernidad desde unos planteamientos ideológicos pa-seístas, consiguiendo como meta imponer la visión nacionalista de lo vasco a una sociedad capitalista, pero depurada del laicismo y de los efectos degenerativos producidos por la relación con España, empapada de las virtudes del mundo rural vasco.

Puede sorprender que en un proceso de industrialización alcance un lugar de privilegio una ideología como el nacionalismo vasco, tan cargada de elementos míticos y arcaizantes. El libro-manifiesto del fundador Sabino Arana Goiri, *Bizka-ya por su independencia*, es el relato de cuatro batallas legendarias en las cuales, a lo largo de la edad media, los vizcaínos habrían rechazado otras tantas invasiones castellanas. Son decorados de cartón piedra que encierran todos los tópicos de una literatura posromántica de ínfima calidad. La conclusión no puede ser más breve: antaño los vizcaínos sabían defender con heroísmo sus intereses nacionales frente al extraño, y ahora ese aliento patriótico está adormecido.

En la concepción belicista de Sabino Arana tiene mucho que ver el antecedente inmediato de las dos guerras carlistas, de 1834-1839 y 1872-1876, en las cuales el País Vasco y Navarra constituyen los principales reductos del absolutismo. En términos de psicología social, los primeros nacionalistas se verán a sí mismos como herederos de los guerrilleros carlistas, sólo que en vez de luchar por don Carlos lo harían por la independencia vasca, y que ante la imposibilidad de desencadenar la lucha armada tenían que conformarse con la acción política. Los discípulos más ardorosos de Sabino Arana, ya en la primera década del siglo, soñaban con un proceso ascendente de enfrentamientos con España, desde la prisión preventiva en que creían vivir, al presidio mayor primero, y por fin al fusilamiento de los patriotas vascos, cuya consecuencia sería el levantamiento popular por la separación de España. “Gora Euzkadi –viva la Patria vasca– y muera España” era el lema: “Geyme”, el seudónimo del sabiniano Shanti de Meabe, que años más tarde, ya convertido en sosegado socialista, relatará el episodio en que se manifiesta el carácter del primer nacionalismo vasco como religión de la violencia política.

¿Cómo explicar el vigor y la violencia que acompañan la aparición en la historia del nacionalismo vasco? Sin lugar a dudas el carlismo interviene como expresión de violencia y de crisis de la sociedad vasca en la transición al capitalismo.

Pero la cohesión interna del proyecto nacionalista de Sabino Arana en sus once años de actuación política, desde 1892 hasta su temprana muerte en 1903, sólo se explica por la solidez de sus antecedentes. La originalidad del planteamiento doctrinal de Sabino Arana es escasa. Lo que hace es fundir los elementos de la ideología fuerista del siglo XIX, heredera a su vez de la del Antiguo Régimen, con una actitud racista e integrista que asimismo hunde sus raíces en el pasado. Todo ello hubiese podido quedar sepultado de persistir la situación de crisis irreversible en que se encontraba el mundo agrario vasco a mediados del siglo XIX, cuando los vascos se presentaban ante el observador como la ruina de un pueblo, apta sólo para producir guerrilleros y emigrantes a América. Fue una caída que se interrumpió cuando la industrialización de Vizcaya hizo que los viejos mitos recobraran sentido para que los grupos dominantes de la sociedad autóctona ensayaran una respuesta a la modernización que les permitiera mantenerse en el poder y desechando sus consecuencias negativas. El mito forjará entonces una identidad política.

En el Antiguo Régimen la articulación de los distintos componentes de la ideología fuerista, antecedente inmediato del nacionalismo, había adquirido ya una gran solidez. Es cierto que de cara a una formulación nacionalista los vascos contaban con dos obstáculos de primera importancia. El primero, el idioma, excelente seña de identidad, pero por su propio carácter de lengua sumamente compleja y no indoeuropea, pésimo factor de integración. Cuando en el siglo XVIII el jesuita Larramendi propone el aprendizaje del euskera, hablará de “el imposible vencido”. El euskera será el instrumento de comunicación para una sociedad de analfabetos, cultivada sólo a partir de cierto momento por eclesiásticos, en tanto que el castellano y el francés son los vehículos utilizados en el espacio público, juntas generales incluidas. En el siglo XX solamente una minoría de vascos hablará vasco. Por otra parte, la vasca será una nación sin Estado en el curso de la historia. Grupo humano asentado sobre el eje de los Pirineos, que inicialmente alcanza hasta la actual Cataluña (el valle de Aran, fragmento occitano de España, donde nace el Garonne, lleva nombre vasco: “aran” es precisamente la palabra vasca para valle), pero que nunca alcanzó una unidad política propia. En la baja edad media los pequeños territorios de Labourd y del Pays de Soule/Zuberoa se inclinaron hacia Francia. Las que luego serán llamadas “provincias vascongadas”, Guipúzcoa, Vizcaya y Álava, quedaron vinculadas desde el año 1200 a la Corona

de Castilla, núcleo del futuro reino de España. A caballo de la cordillera quedó hasta el siglo XVI el reino de Navarra, oscilando entre Francia y España, hasta que en 1512 Fernando el Católico lo invade y anexiona a Castilla; poco después, la pequeña sexta comarca o “merindad” navarra, que Carlos V juzgó indefendible, Ultrapuertos o Baja Navarra, fue abandonada, sirviendo de base al doble título de reyes de Francia y de Navarra que llevaron los Borbones en París hasta la Revolución. Sólo dos pequeños pueblos al norte de la línea de crestas, Zugarramurdi y Urdax, permanecieron en la Navarra española. División interna mantenida durante siglos que convertirá en puro ejercicio de idealismo las sucesivas consignas de “laurak bat”, cuatro en una, sugiriendo la unificación de los cuatro territorios vascos españoles en el último tercio del siglo XIX, y la posterior nacionalista de “zazpiak bat”, siete en una (hoy seis, por considerar reunidas a las dos Navarras). El proyecto hoy vigente para todos los nacionalistas vascos, de una gran Euskal Herria unificada política y lingüísticamente, con los citados territorios, es, pues, una construcción estrictamente imaginaria asumida por una colectividad de creyentes. De ahí la imposibilidad para cualquiera de las variantes de nacionalismo de asumir una estrategia plenamente democrática y la inevitable deriva hacia la violencia. Sólo ésta podrá permitir la imposición de semejante objetivo político por encima de las voluntades, expresadas elección tras elección, por los ciudadanos vascoespañoles y vascofranceses que habitan dichas tierras.

Debilidad en el terreno de la realidad, vigor imaginario. El fuerismo, la defensa de la especificidad político-administrativa de las tres unidades territoriales de Guipúzcoa, Vizcaya y Álava, había ido forjándose desde la baja edad media. Las tres futuras provincias disfrutaban de privilegios, de exenciones y de órganos apoyados en fórmulas diversas de representación municipal asignada a los propietarios, las juntas generales. En modo alguno tiene validez la interpretación nacionalista de que constituían la expresión de la soberanía vasca, si bien integraban una forma eficaz de “poderes intermedios” con los que tenía que contar la corona a la hora de instrumentar sus decisiones. A lo largo de los siglos, las juntas, como otras instituciones de otros lugares de Europa, se esforzarán por presentar su excepcionalidad jurídica como fruto de un derecho, no de una concesión. Un privilegio puede ser revocado por el monarca; las cosas son más complicadas si, como argumentaron los letrados al servicio de las juntas, se trata de la expresión de una

independencia originaria a la que vizcaínos o guipuzcoanos renunciaron voluntariamente al unirse a Castilla mediante un pacto, sin por ello perder aquella facultad. En el Antiguo Régimen los monarcas castellanos aceptaron esa situación que no daba lugar a alternativa alguna de poder, sino sólo a una negociación en caso de conflicto comparable a las “rémontrances” de los parlamentos franceses. No podía suponerse entonces que, de cara al futuro, esos mitos servirían como fundamento, en tanto que “derechos históricos”, para exigir la independencia, aun cuando una primera señal de alarma sonó ya en 1794 al ser invadida Guipúzcoa por los ejércitos de la convención: la junta general reunida en Guetaria, considerando desligada la provincia de su compromiso con el rey, declaró la independencia bajo la tutela de la República francesa. Por añadidura, de ese mito de la entrega voluntaria –válido incluso para Álava, cuya capital se había rendido en 1200 al monarca castellano–, servía paradójicamente de fundamento al belicismo. Si Guipúzcoa o Vizcaya se habían entregado a Castilla era por su voluntad; por la fuerza hubiese sido imposible. Y por eso el fuerismo exhibe una serie de batallas en que, sobre todo los vizcaínos, rechazaron a los invasores leoneses o castellanos. Son las batallas que en 1892 esgrime Sabino Arana, pero el esquema es muy anterior, encontrándose incluso a comienzos del siglo XVII en una obra tan clásica de la literatura castellana como la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*, en el discurso de un lacayo vizcaíno, noble por provenir del señorío a pesar de su pobreza, del que su interlocutor extrae la consecuencia política pertinente: por hacer Vizcaya, deshacía España.

No era sólo un montaje de ideología política. El sustrato sociológico era una sociedad agraria cerrada, con un alto grado de control desde arriba en sus dos elementos fundamentales, la casa y el pueblo, favorecido ese cierre tanto por la forma dominante de herencia como por el predominio de la religión –la Iglesia, eje de la vida local– y el uso de una lengua que de modo natural servía de aislante frente al exterior.

De ahí que la vasca fuera muy pronto, alrededor del año 1500, una sociedad xenófoba, que esgrimía con su ortodoxia religiosa el principio de la pureza racial como arma para rechazar al extraño. Era un denominador común de la España de la época, apenas implantada la Inquisición, sólo que si los estatutos de limpieza de sangre eran adoptados en el resto de la monarquía por un enjambre de

instituciones, desde cofradías de oficios a órdenes religiosas, en Vizcaya o Guipúzcoa eran asumidos, y con toda intransigencia, a nivel colectivo, impidiendo que se acercara aquel que no probase la limpieza de su sangre. De ahí se extraía la noción de pueblo elegido, de la nobleza originaria de los vascos por no permitir que su pureza fuese contaminada por el extraño. En 1770, al solicitar un vizcaíno apellidado De la Peña el reconocimiento de su nobleza en Madrid, recordará que su linaje es “de esmerada generación” y que está limpio de sangre de “judíos, moros, herejes y gente de mala raza”. El culto a la casa solar y al apellido se funden con el rechazo del otro, creando las bases para una transferencia sobre la que se asienta la defensa de lo autóctono al sobrevenir en el último tercio del siglo XIX los cambios demográficos inducidos por la industrialización de Vizcaya. Confluyen entonces los dos racismos, el antiguo y el moderno, en la denominación del extraño: *belarrimocha*, “oreja corta”, aplicado ya en la edad media contra la minoría discriminada de agotes en el valle del Baztán; *maketo*, bilbaínismo que procede de “meteco”, el que viene de fuera, y que se aplicará a fines del siglo XIX a los inmigrantes que llegan atraídos por el proceso de industrialización de Vizcaya (la segunda oleada de industrialización, en la década de 1950, creará también la etiqueta correspondiente: *coreanos*); y por fin, a caballo entre la discriminación biológica y la doctrinal, el término *azurbeltza*, compuesto de “azur”, hueso, y “beltza”, negro (calificación de los carlistas contra los liberales): el que lleva el liberalismo en los huesos.

Sabino Arana convirtió en eje de su doctrina el rechazo racista de los inmigrantes castellanos y gallegos, “nuestros chinos” o “nuestros invasores”, prefiriendo la denominación peyorativa de “maketo”, que por extensión daba Maketania como designación para España. Pero tanto él como el primer nacionalismo asumirán las otras dos expresiones citadas, siempre para desencadenar la exclusión. A comienzos de siglo los nacionalistas del pequeño puerto de Bermeo adaptaron frente a los no vascos una canción de combate carlista: “Eta tiro, eta tiro, eta tiro, eta tiro beltzari; eta tiro, eta tiro, eta tiro belarrimotzari”. “A tiros con los ‘negros’ (liberales), a tiros con los belarrimochas”. Y en su breve poesía-programa titulada “Ken”, Arana era perfectamente claro en su propuesta: “Kendu, kendu, make-tuok eta maketuzaliok/ bota, bota, azurbeltzak eta eure lagun guztiok” (“Quita, quita, maketos y maketófilos/ fuera, fuera, azurbelchas y todos sus amigos”).

Todo un programa de exclusión que significaba un desarrollo del “Arrotz herri/ otso herri” (País extraño, país de lobos) planteado hacia 1800 por el primer apoloquista de las formas de vida vascas rurales en el caserío frente a las urbanas, el párroco Juan Antonio Moguel, en su *Peru Abarka*. Para entonces, la ideología fuerista se encontraba perfectamente configurada con sus argumentos sobre la independencia originaria, las batallas victoriosas, la limpieza de sangre y la consiguiente nobleza universal de vizcaínos y guipuzcoanos, soporte de unas instituciones que supuestamente venían “de tiempo inmemorial”. A lo largo del siglo XIX los dos procesos de crisis hicieron que esas ideas resultasen operativas como respuesta de una sociedad cerrada a la modernización. Aun antes de que Vizcaya entrara en el último cuarto de siglo en la era industrial, el traumático declive del mundo agrario, salpicado de los levantamientos carlistas, había visto conjugarse la apología del fuero, la exaltación de la violencia (transferida de las carlistadas al pasado mítico de unas luchas medievales por la independencia) y, paradójicamente, la idealización de la forma de vida agraria como modelo de existencia feliz y virtuosa, moral y cristiana, frente a la degeneración y los conflictos propios de la modernidad. En la visión del catalán conservador Mañé i Flaquer, uno entre tantos, ese País Vasco desgarrado por las guerras e incapaz de alimentar a sus habitantes, forzados a emigrar a América, era “el oasis” en medio de las perturbaciones del liberalismo. Lo que se hunde en la realidad se salvará en lo imaginario, y los vascos de la sociedad urbana e industrial se pensarán a sí mismos como puros y sencillos “baserritarras”, habitantes de unos caseríos que refuerzan el carácter idílico del paisaje.

La idealización de una sociedad vasca tradicional, protegida por la religión y por la supuesta independencia que implican los fueros en tanto que leyes viejas, *lagi zarrak*, fundamenta los dos grandes rechazos que constituyen el núcleo del pensamiento nacionalista de Sabino Arana. Frente a la degeneración y ante el riesgo de la pérdida de Dios que provoca la inmigración de “maketos”, una lógica de exclusión de la raza inferior, apartándola de toda forma de sociabilidad vasca, y en particular del aspecto esencial de las relaciones humanas, el matrimonio (con su consecuencia, la procreación). La pureza de la mujer vasca, amenazada por el cortejo del “pérfido maketo”, se convierte así en la principal preocupación y es el argumento de las dos obras teatrales que escribe Sabino: *De fuera vendrá...*, y

Libe. Y como instrumento necesario para conseguir el aislamiento frente al “pueblo de la blasfemia y de la navaja”, la independencia, recuperando no ya la situación previa a la supresión definitiva de los fueros en 1876, sino lo que era para Sabino Arana la situación de independencia anterior a la sumisión del fuero a la constitución española en 1839 (los “derechos históricos” que todavía hoy invoca el Partido Nacionalista Vasco) contra la constitución de 1978).

ENTRE EL DOGMA Y LA ADECUACIÓN

La firmeza del ideario sabiniano se asienta sobre una concepción religiosa integrista, visible no sólo en sus declaraciones –“de no ser nacionalista, hubiera militado en el integrismo”, escribe él mismo–, sino en otros escritos, como el que consagra a la muerte del, a su juicio, satánico Émile Zola. La pérdida de la personalidad nacional vasca, inevitable si sigue dependiendo de una raza inmunda como la española, es ante todo un pecado contra Dios. De ahí que el lema que propone para el partido por él fundado en 1895, el Partido Nacionalista Vasco, sea “Jaungoikoa eta Lagi-zarrak” (J.E.L., de aquí la denominación de los nacionalistas como “jelkides”), “Dios y Leyes Viejas”. “Guztiak Errijarentzatta Errija Jaungoikoarentzat” (G.R.T.E.J.). “Todos para la Patria y la Patria para Dios”, propondrá también. Todos los esfuerzos políticos y culturales de Sabino Arana se orientan en consecuencia a acorazar los rasgos nacionales vascos contra la contaminación exterior. La raza es el centro de su ideología y la lengua un instrumento imprescindible, pero complementario, al que conviene ante todo depurar de sus componentes latinos para lograr un total aislamiento. Será preciso asimismo forjar los símbolos que definan políticamente la identidad del pueblo vasco (en un primer momento, vizcaíno), y a tal efecto nada mejor que el diseño de una bandera, la “ikurriña”, trazada sobre el modelo de la *Union Jack*, presidida por la cruz blanca que significa el predominio de Dios sobre el proyecto político del nuevo país al que Arana otorga el nombre de “Euzkadi”, el conjunto de los vascos.

La lógica del nacionalismo sabiniano conduce a una confrontación radical con España, y ese dualismo Euzkadi contra España se ha de convertir en el núcleo del planteamiento político nacionalista hasta la fecha. Pero al absolutismo de los principios une Arana el sentido pragmático que se deriva de las enseñanzas del gran

santo vasco, Ignacio de Loyola. Sabino Arana estudió en un internado de jesuitas y permaneció toda su vida fiel a su enseñanza. Llegó a escribir que la Compañía de Jesús era tan infalible como el Papa, y de hecho edificó su partido de acuerdo con los principios de la Compañía: dualismo esencial en la oposición al Enemigo, estricta disciplina que llega a excluir todo atisbo de libre reflexión en el militante/creyente, pragmatismo casi ilimitado en la elección de los medios. Una religión política de la violencia, como era el nacionalismo acuñado por Sabino, se ajustaba perfectamente al molde de una orden religiosa. Desde esos supuestos se entiende el giro posibilista que diseña, sin llegar a realizarlo, en los últimos meses de su vida, al proponer la fundación de una Liga de Vascos Españolista.

El proyecto no llegó a hacerse realidad, pero sí la progresiva adaptación de la política del PNV, tras la muerte del fundador en 1903, a la política española. La disciplina siguió siendo férrea, y lo es hasta hoy, pero la táctica política se hizo cada vez más flexible, partiendo de la idea de que la pérdida de sustancia nacional era de tal entidad que antes de buscar la independencia había que reponer “el alma vasca”, la forma de vida y la conciencia específica de la raza, con lo cual se abría el paso a una posición autonomista. La implantación progresiva del PNV, con la conquista de la diputación de Vizcaya en 1917, los éxitos electorales en Vizcaya y en Guipúzcoa al llegar la Segunda República en 1931-1933, el voto positivo del proyecto de estatuto vasco en este último año, son hitos de un avance que se encuentra acompañado por la progresiva impregnación de postulados ideológicos propios de la democracia cristiana y que culmina en plena guerra civil, en octubre de 1936, con la formación de un gobierno autónomo vasco, presidido por el nacionalista José Antonio Aguirre, fase expansiva cerrada al conquistar Franco la capital vasca, Bilbao, en junio de 1937. Los años treinta fueron también un periodo de impresionante expansión del nacionalismo en la sociedad vasca, en el terreno sindical (Solidaridad de Trabajadores Vascos), de organización profesional, de la mujer (Emakume Abertzale Batza) y de difusión de la literatura y de la cultura populares. Quedaba sembrada una implantación que logró sobrevivir a cuatro décadas de represión franquista.

La legitimidad ideológica, no obstante, seguía perteneciendo al postulado de la independencia definido por Sabino Arana. En la primera década del siglo, uno de sus seguidores profetizó ya lo que sería un futuro deseable, a la sombra del

lema “Gora Euzkadi, Muera España” (Geyme): la sociedad vasca iniciaría su camino en la prisión preventiva, seguiría luego en el presidio mayor, y por último llegaría a los fusilamientos de los patriotas, preludio de la lucha final del pueblo vasco por su independencia. Era una protesta aislada, pero tal actitud se reproducirá una y otra vez, acompañando los periodos de expansión del autonomismo. De ahí surgió una primera escisión, en 1920-1921, restauradora de “la pureza doctrinal” frente a cualquier atisbo de compromiso con España. Fue al mismo tiempo la ocasión para definir un ideario populista, donde la exaltación de lo vasco llevaba a una utopía agresiva, frente a lo español y también frente a un capitalismo vasco al que se condenaba por olvidar sus deberes nacionales. El nacionalismo de movilización y lucha así definido, en seguimiento del modelo irlandés, se reproduce en la Segunda República, con los mismos protagonistas, reunidos ahora en torno del semanario *Jagi-jagi*, aplicando el rechazo radical a la colaboración con la democracia republicana instaurada en España. Un cuarto de siglo más tarde, sus argumentos sirvieron de punto de partida a la organización que desde 1959 protagoniza la trayectoria del nacionalismo radical: “Euskadi ta Astatasuna”, “País Vasco y Libertad”, ETA.

La aparición de ETA, inicialmente un movimiento radical de jóvenes nacionalistas, responde al desfase existente entre la supervivencia de la implantación nacionalista en la sociedad vasca, a pesar de la dictadura, y su pasividad. Además, Franco había venido a dar la razón al planteamiento del fundador, según recuerda G. Jáuregui: Sabino Arana había definido a Euskadi como un país ocupado militarmente por España, lo cual era falso, pero ahora la dictadura hacía efectiva dicha ocupación. ETA surge además en pleno auge de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, y no dudará en considerar que la lucha del pueblo vasco por su independencia es uno de ellos, alejando así el fantasma de la doble consideración, conservadora y racista, que hasta entonces afectaba al nacionalismo vasco. La raza será sustituida por la lengua –de ahí que Euskadi ceda su puesto como nombre al tradicional de Euskal Herría, país de los “euskaldunes”, vascohablantes–, y una tintura de marxismo superficial dará el aval revolucionario, encajando con el estilo de otras corrientes contestarias de la década. Y de acuerdo con la táctica de los movimientos de liberación nacional, el instrumento para la acción será la lucha armada, esto es, el terror. Por debajo de los cambios seguía

vigente el núcleo duro del planteamiento sabiniano: aquí Euskadi, allá España. La transferencia de discriminación no afectaba el fondo del enfoque político, ahora político-militar, que se mantendrá, como es sabido, más allá del fin de la dictadura de Franco, logrando ya a finales de la década de los noventa, tras dos décadas de fecunda vida autónoma del País Vasco en democracia, la convergencia en las metas políticas del nacionalismo moderado que sigue encarnando el PNV. La persistencia en el fin último, la independencia de una Gran Euskal Herría, desde el Adour hasta el Ebro, por encima de los deseos políticos expresados en su comportamiento electoral por los ciudadanos vascos, sitúa necesariamente esta última etapa del nacionalismo bajo el signo de la violencia. ❧